

CAPÍTULO 2

LA FORMACIÓN DEL NUEVO MAESTRO

A partir de la década de los ochenta recobraron importancia las discusiones en torno al tema de la formación del nuevo maestro entre el círculo de intelectuales e investigadores de la educación y de la pedagogía en Colombia. En el curso de las discusiones se identificaron dos posiciones encontradas que, según el profesor Rafael Flórez, se pueden expresar de la siguiente manera:

- La primera está representada por los intelectuales formados en la crítica de los años setenta, para quienes la práctica pedagógica no puede tener una fundamentación racional y científica, por ser un mecanismo de dominación ideológica y un dispositivo de control y reproducción de la estructura de poder.
- La segunda posición es sustentada por los representantes del racionalismo científico-técnico (de corte neoliberal), para quienes la pedagogía es cosa de niños y, por lo tanto, la

ciencia podrá enseñarse por sí sola, sin mediación pedagógica alguna (Flórez Ochoa, 1994: 264 y 265).

La incertidumbre que, para la pedagogía y para las instituciones formadoras de maestros, se derivó de estas posiciones permitió el comienzo de serias reflexiones en torno de la formación de maestros y su importancia en el campo de la educación. Tales circunstancias abrieron paso a una tercera posición, que busca principalmente "el reconocimiento de una fundamentación racional a la enseñanza y asigna a su vez rigurosidad tanto a la práctica pedagógica como a los especialistas de la misma que podrían seguir denominándose *pedagogos*" (ibid: 265).

La viabilidad de esta tercera postura estaría dada, según el mismo autor, por las siguientes razones:

1. La escuela se ha debilitado como reproductora de los esquemas de dominación, debido a:
 - El auge de los medios masivos electrónicos de comunicación ha implicado que la escuela deje de ser el principal factor de socialización.
 - La propiedad de la tierra y la acumulación del capital han cedido su posición como indicadores de pertenencia a una determinada clase social a la fuerza del conocimiento. Se reconoce que el conocimiento "de punta" de una persona es más productivo y rentable que la tierra o las máquinas.
2. La escuela puede pensarse hoy como centro y ambiente de aprendizaje para la apropiación de la ciencia y del arte.
3. El maestro no sólo ha de pensarse como el especialista que domina una ciencia, la cual puede comunicar en abstracto, sino que, además, requiere comunicarse con un grupo concreto, histórica y culturalmente determinado, para lo cual debe traducir sin distorsionar los conceptos y las estructuras teóricas

básicas de la ciencia, como herramienta para la producción científica.

4. Es preciso asumir la enseñanza de la ciencia sin despreciar el contexto del descubrimiento, lo que permite una enseñanza por procesos, donde el estudiante se apropiará de cada concepto científico en el proceso de construcción del mismo.
5. Se debe reconocer la enseñabilidad como una dimensión que hace parte del estatuto epistemológico de cada ciencia, en la medida en que su objetivación obedece a una racionalidad intersubjetiva, histórica y culturalmente determinada. La enseñabilidad está en el contexto de la comunicabilidad de la ciencia; se trata de la presentación obligada del avance científico en la forma de una teoría.
6. La enseñanza de la ciencia a partir del constructivismo (tipo Piaget, Brunner, Stenhouse) no reniega del mundo concreto de la vida ni se reduce a confirmar la tradición. Es en el diálogo, en la discusión de los diferentes puntos de vista, como el estudiante comprende y se autoforma como hombre autónomo y responsable.
7. Una fundamentación racional de la actividad educativa podría desarrollarse en un espacio de investigación autónoma y rigurosa, productora de discursos con pretensiones de verdad sobre los problemas de la enseñanza (ibid.: 266-268).

Las consideraciones que el profesor Flórez nos presenta aquí nos van a permitir identificar las características fundamentales que constituirán un nuevo proyecto de escuela, liberada de las ataduras de las ideologías dominantes. La escuela que se aspira a construir estará inscrita en un proyecto posmoderno y deberá gozar de suficiente autonomía para desarrollar proyectos autogestionarios, interactuar e intervenir sobre las características socioculturales de la región y privilegiar la innovación y la investigación.

En la actualidad se experimenta un clima favorable a este proyecto, si tenemos en cuenta que se está desarrollando paulatinamente en los maestros colombianos cierta independencia ideológica que se refleja en el abandono de las posiciones dogmáticas y en el análisis crítico del discurso de la práctica pedagógica. La reflexión pedagógica que se ha producido en el marco del movimiento pedagógico, así como la proliferación de investigaciones y publicaciones en educación y pedagogía de las últimas décadas, así lo demuestran.

LAS TENDENCIAS ACTUALES

Las tendencias que caracterizan la educación y la formación de maestros para el presente milenio indudablemente están definidas desde el aprendizaje, la autonomía institucional para el desarrollo de innovaciones pedagógicas y el impulso a la investigación en el campo de la educación y la pedagogía. Al respecto el profesor Flórez identifica siete tendencias.

1. Descentralización educativa, no sólo significa el desplazamiento de las responsabilidades educativas del Estado central hacia las regiones (departamentos, municipios y distritos), en términos de administración y financiación, sino que, además, requiere el establecimiento de proyectos educativos cada vez más desvinculados del aula escolar, del horario estricto y normativo y de la supervisión del maestro.
2. La tendencia a reemplazar la escuela convencional por centros de producción, donde el alumno se formará técnica y profesionalmente.
3. La tendencia a desmasificar la educación, haciéndola cada vez más individualizante, por dos vías:
 - El desarrollo de currículos flexibles, ajustados a las necesidades, los intereses y los problemas de cada estudiante.

- El incremento de la educación multimedial, que permitirá que cada educando tenga un profesor en casa, multi-baricante y polifuncional.
4. La creación de multicentros de formación cultural y científica, con guías en vez de maestros, que reemplazarán poco a poco a la escuela convencional.
 5. La promoción de nuevas cualidades intelectuales para la formación intelectual de los jóvenes; más allá de la memorización y la descripción conceptual estarán estrategias globales, holísticas, que respondan con economía y más productivamente a la acelerada explosión de conocimientos nuevos.
 6. El maestro desechará su función almacenadora y transmisora de información, para convertirse en sensor universal y fino selector conceptual de la gama de su especialidad, con gran capacidad investigativa en su área.
 7. El maestro recobrará su autoridad sobre la base de su saber y no necesitará del castigo para ser acatado; su tarea no será la de dictar clases ni la de transmitir fórmulas teóricas y conceptos. Sólo será creador de situaciones de experiencias. El alumno será el protagonista de sus propios conocimientos (ibid.; 269 y 270).

Sin embargo, la pretensión de una educación centrada en el aprendizaje de múltiples fenómenos, definida a partir del avance científico-técnico y el afán por la productividad, propio del sistema neoliberal, olvidan el campo real donde el maestro desarrolla su práctica pedagógica, generalmente caracterizado por la violencia multicausal y por la ausencia de valores éticos y morales, lo que impide la construcción de espacios de convivencia y respeto a las diferencias, y donde el maestro, indudablemente, cumplirá un papel irremplazable.

EL AULA ESCOLAR DEL FUTURO

En el marco de los procesos de resignificación que para la educación propone la globalización social y cultural –ámbito en el que el papel de la escuela como reproductora de las estructuras de poder se debilita cada día más, convirtiéndose más bien en articuladora entre el conocimiento como factor de producción y la competitividad en todos los campos– surge, para los sistemas educativos, la necesidad de iniciar transformaciones profundas, tanto en el papel de la escuela como en el de la enseñanza. En este contexto, el espacio instructivo-educativo que genéricamente denominamos aula escolar –donde cotidianamente celebramos una ritualidad que se materializa en el silencio, el orden, la ejercitación, la obediencia y la atención como estrategias para el aseguramiento de la enseñanza– pierde validez. La noción de aula escolar deberá referirse ahora a todos los espacios de aprendizaje dirigido por el maestro, y el “acontecimiento” de la clase, a todos los eventos donde se desarrolle una actividad con pretensión formativa. Por esta razón no es extraño oír hablar de proyectos como “El museo: un aula más” o del planetario como aula científica. El jardín botánico, la charca, el laboratorio, el vivero, el semillero, la biblioteca, la sala de multimedios, el teatro, la fábrica y todos los espacios donde sea posible el conocimiento dirigido con criterios y principios pedagógicos serán considerados aulas alternativas.

En la perspectiva de la informática educativa, el profesor Octavio Henao plantea que

el aula de clases del siglo XXI no será un salón aislado e inmóvil en que un maestro, con exiguos recursos didácticos, pone a disposición de sus alumnos la información y el conocimiento que posee. Será un vehículo capaz de viajar a cualquier lugar del mundo, indagar en sus confines más distantes e ignotos, remontarse en el tiempo, explorar el sistema solar y aun otras galaxias (1993: 88).

La posibilidad de transformar el concepto de aula para pensarla como espacio de múltiples estímulos sensitivos requiere a su vez de la audacia y la inteligencia del maestro, considerado no como el simple operario de la máquina de enseñar y aprender sino como el acompañante definitivo en el viaje del alumno por el conocimiento.

La utilización inteligente de estas innovaciones por parte del maestro –afirma el profesor Henao– ha hecho posible, por primera vez en la historia, realizar en el aula algunos de los más importantes ideales pedagógicos formulados por educadores, psicólogos y epistemólogos como Decroly, Montessori, Freinet, Piaget, Claparède, Bettelheim, Vygotsky y Bachelard; ofrecerle al alumno ambientes de aprendizajes ricos en materiales y experiencias que cautiven su interés; otorgarle la libertad de explorar, observar, analizar y construir su propio conocimiento; darle la posibilidad de elegir sus objetos de estudio; permitirle aprender con su propio ritmo y estilo cognitivo; estimular su imaginación, creatividad y sentido crítico; ofrecerle fuentes inagotables de información y conocimiento; revelar el valor y la belleza que entraña una comprensión científica de los fenómenos sociales y naturales; permitirle que aprendan con todos sus sentidos; mostrarle de qué manera la ciencia, la cultura y el arte pueden iluminar y enriquecer su vidas (ibid: 90).

A MANERA DE CONCLUSIÓN

1. El rápido cambio de las prácticas económicas, sociales y culturales, y su influencia en la escuela, la familia y la comunidad.
2. El nuevo orden constitucional, que ha posibilitado la generación de nuevas constelaciones políticas, con nuevos sistemas sociales y culturales y nuevas propuestas educativas.

3. La necesidad de especializar las competencias del docente a fin de redefinir sus conocimientos y prácticas para ponerlas al servicio de su posición y su acción en la vida moderna.
4. Los nuevos postulados teóricos de las ciencias sociales, sobre los cuales se fundamentan las concepciones oficiales en torno del proceso de acceso al conocimiento, las relaciones sociales y la inmersión de la escuela en los escenarios socioculturales locales y regionales.
5. El desarrollo y la influencia creciente del campo de la producción del conocimiento y de la tecnología, que constantemente desafían las formas organizativas del conocimiento existente en la escuela (Díaz, 1997: 16).

Por otro lado, la inserción de los países de América Latina y del Tercer Mundo

en el nuevo escenario económico mundial, el diseño de nuevas políticas sociales, la reanimación de la actividad científica, tecnológica y cultural, obligan a pensar en un proyecto educativo que no sólo asegure a las futuras generaciones la educación y formación necesaria, que contribuya al respeto del equilibrio del entorno natural y de la vida, que consolide la capacidad científica y tecnológica de las naciones y cambie las relaciones con el conocimiento, sino que, además, fortalezca efectivamente las bases de la convivencia social, de la participación democrática, del respeto a las diferencias culturales, y reivindique los principios de tolerancia y solidaridad (ibid.: 7).

Igualmente, la globalización cultural ha modificado no sólo las relaciones interpersonales sino también las condiciones de vida y de trabajo de la gente; hoy no es extraño observar cómo muchas plazas y modalidades de trabajo desaparecen, mientras surgen otras nuevas y diferentes. Los estudios socioeconómicos realizados acerca del

tema afirman que el número de personas empleadas en la industria, la agricultura o el ramo de la construcción tiende a ser cada vez menor, mientras que el número requerido para trabajos relacionados con la preservación del medio ambiente, las telecomunicaciones, la salud y la educación técnica tiende a aumentar considerablemente. Con gran sorpresa se experimenta además cómo en muchas empresas la fuerza de trabajo humana ha sido reemplazada paulatinamente por la máquina, especialmente por la robótica y los computadores, lo que implica que en lo sucesivo los obreros tendrán que ser especialistas en el manejo de las máquinas, pero también deberán tener habilidades para comprender y resolver problemas, imaginar nuevas alternativas y saber ubicar y manejar en forma eficaz y eficiente grandes volúmenes de información. Es en este escenario donde la educación jugará un papel muy importante en la formación de la ciudadanía moderna.

Para hacer frente a estos retos, es necesario orientar el sistema de formación docente de las escuelas normales superiores y de las facultades de educación hacia un proyecto que articule docencia, investigación y utilización de nuevas tecnologías educativas como la informática y la telemática, es decir, de los elementos que nos brinda la magia de las comunicaciones. Se necesita transformar el modelo de enseñanza, adaptándolo a las exigencias de un mundo cada vez más cambiante, para construir sociedades más competitivas, tanto en el campo de producción de conocimiento como en el de producción de bienes y servicios.

La sociedad actual es caracterizada por los analistas como la "sociedad del conocimiento"; los países (y los individuos) que posean el conocimiento serán ricos y tendrán gran autonomía, mientras que los que no lo posean serán pobres y dependientes de los primeros. Hoy nadie duda de que el conocimiento se sitúa al mismo nivel del capital, la tierra y el trabajo como factor esencial de producción de riqueza.

Nos queda ahora preguntarnos acerca de lo específico de la formación de los maestros, es decir, acerca de las condiciones de posibilidad para la formación de un maestro "anfíbio" que se pueda desempeñar con eficiencia tanto en la docencia como en la investigación, que domine

el saber pedagógico tan bien como su saber por enseñar, y cuya práctica pedagógica responda acertadamente a la formación de hombres y mujeres con capacidad para afrontar exitosamente los desafíos de la vida moderna; en fin, un maestro que pueda atender el desarrollo de los proyectos sociales y sus expectativas éticas, estéticas, políticas, culturales, científicas y tecnológicas.